

En busca del eslabón perdido. La motivación tras la exploración de las cuevas mortuorias de Coahuila durante el siglo XIX

Leticia González Arratia*

RESUMEN: *La única exploración arqueológica realizada en Coahuila en el siglo XIX, teniendo como objetivo declarado la búsqueda de cuevas mortuorias, fue realizada en 1880 por Edward Palmer y financiada por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard. Los documentos no dejan en claro el interés académico o intelectual por el cual se llevó a cabo, en una región incomunicada, distante y peligrosa que no ofrecía atractivos reales para los coleccionistas de objetos arqueológicos de la época. En el texto se introduce la hipótesis que relaciona la búsqueda de cuevas mortuorias en Coahuila con el impacto de la teoría de la evolución de Darwin, particularmente el recién creado concepto del "eslabón perdido", sobre el ámbito académico americano.*

ABSTRACT: *The only archaeological exploration which took place in Coahuila during the XIX century, with the declared purpose of searching mortuary caves, was undertaken by Edward Palmer and financed by the Peabody Museum at Harvard University. The intellectual objectives of this enterprise are not clear mainly because it meant to travel to an inhospitable region, far, isolated and dangerous and devoid of "artistic" and commercial archaeological objects. This article introduces a hypothesis that relates the search for mortuary caves in Coahuila with the impact that Darwin's Theory of Evolution, mainly the recently created concept of "Lost Link" in the American academic milieu.*

Existen tres reportes que mencionan la exploración de cuevas mortuorias durante el siglo XIX en Coahuila. Dos de ellos fueron realizados por personajes mexicanos que visitaron accidentalmente o por curiosidad este tipo de contexto pero sin intención premeditada [Avila, 1849; Ramírez, 1903]. El tercero tuvo como objetivo explícito explorar, encontrar y recuperar los bultos mortuorios de una serie de cuevas que aparecen en documentos publicados en los Estados Unidos, particularmente en la obra de Hurbert H. Bancroft [1875]. Este proyecto fue formulado por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts, y para ello se contrató a un explorador profesional, Edward Palmer [Studley,

* Centro INAH Coahuila, Museo Regional de La Laguna.

1884:233], botánico empírico que también hacía de arqueólogo, aunque sin una formación profesional.

La documentación disponible indica que el promotor de esta aventura fue Frederic Putnam [1883:118], curador del museo con amplias influencias en el mundo de la incipiente arqueología de Norteamérica [Fagan, 1977:282].

Es pertinente preguntarse las razones no explícitas que motivaron esta aventura, si tomamos en cuenta el prolongando tiempo que ocupó (ocho meses), lo penoso que fue viajar hasta el corazón del Bolsón de Mapimí (un desierto extremadamente seco, deshabitado e incomunicado) y lo costoso e incluso lo peligroso de esta exploración, pues en esa época los ataques de apaches y comanches todavía eran frecuentes en esa zona del país.

Considerando el valioso material arqueológico que Palmer obtuvo —seis bultos mortuorios intactos y material externo [1880]—, la fragilidad y la poca susceptibilidad de la aparición de gran variedad de textiles, plumas, objetos de madera, etcétera, en contextos arqueológicos —ya que en otro tipo de clima éstos desaparecen con el paso del tiempo—, es necesario cuestionarse por qué los resultados de esa exploración no entusiasmaron a nadie.

Para indagar sobre esto analizaremos dos testimonios directos de la época y uno indirecto que permiten el delicioso ejercicio de elucubrar sobre el tema. Una fuente, una carta inédita, corresponde a un rico y culto agricultor mexicano, José Ángel Benavides, que habitaba en la Comarca Lagunera (lugar donde se ubicaban las principales cuevas mortuorias en esa época) y que conoció a Edward Palmer, pues en algún momento fue su anfitrión y le proporcionó información sobre la presencia de diferentes cuevas mortuorias [Benavides, 1918].

Otra fuente es una referencia publicada por Frederic Putnam donde señala haber consultado una serie de autores que mencionan la presencia de esas cuevas en el área que se le comisiona explorar a Palmer [Putnam, *op. cit.*:119]. La última fuente la constituyen los aspectos biográficos de algunos autores que indican los intereses académicos de Putnam cuando se realizó la exploración a Coahuila [Fagan, *op. cit.*:283].

Iniciaremos con el recuento de una conversación entre Palmer y Benavides que ocurrió en 1880, en medio del desierto (en el aislado poblado de San Pedro de las Colonias, Coahuila, 60 km al norte de Torreón), cuando el primero había concluido la mayor parte de su trabajo de campo y había encontrado varios bultos mortuorios intactos pero otros abiertos y con los huesos desparramados en el interior de las cuevas visitadas, debido al saqueo. Las observaciones de Palmer que 38 años después aún recuerda Benavides nos trasladan de manera sorprendente al tema de los inicios de la humanidad.

EL ESLABÓN PERDIDO

Esta conversación quedó consignada por Benavides en una carta enviada a Pastor Rouaix¹ en 1918, y recuerda las palabras de Palmer que tanta impresión le causaron:

El Doctor [Palmer] me dijo mire Ud., Señor Benavides, si hubiera encontrado media docena de estos ejemplares [y le enseñó “un maxilar humano con solo los dientes incisivos, sin muelas ni señal de los alveolos o el lugar que ocupan”] daría una gran sorpresa a la ciencia estableciendo con base segura el eslabón que une la raza humana al orangután. Pero un solo ejemplar puede ser un fenómeno y por lo mismo no me arriesgo a publicarlo pero Ud. queda para completar el descubrimiento siga Ud. investigando y puede ser que encontremos el eslabón perdido [Benavides, *op. cit.*].

Actualmente, parecería fuera de contexto la simple formulación de este tipo de problema. ¿Encontrar o, incluso, buscar el eslabón perdido en América y, específicamente, en la Comarca Lagunera? Actualmente es del conocimiento científico y popular que los orígenes de la humanidad se localizan en África.

Pero cuando ocurrió esta conversación, en 1880, habían pasado apenas 20 años desde que Charles Darwin diera a conocer sus teorías sobre la evolución en *El Origen de las Especies* (1859). Sus postulados habían causado enorme impacto en el mundo científico, en la sociedad inglesa en general y posteriormente en el mundo.

A esta obra siguió en 1863 el libro *El lugar del hombre en la Naturaleza*, de Thomas Huxley, amigo de Darwin y acendrado defensor de la teoría evolucionista, quien introdujo la hipótesis de que el hombre había evolucionado a partir de otras especies de animales. Trabajando esta idea, Huxley concluyó que “[...] de todos los animales de la tierra, los grandes antropoides de África, los chimpancés y los gorilas eran los que estaban más relacionados con el hombre” [Edey, 1980:11].

De esto se podía deducir que “[...] si se encontraban fósiles prehumanos, conducirían a tipos aún más antiguos, que a su vez resultarían ser antepasados, tanto de los primates antropoides como de los hombres [...]” [*ibid.*].

Otro contemporáneo de Darwin y defensor de su teoría, el zoólogo alemán Ernst Haeckel, reconocía al igual que Huxley el parentesco entre simios y humanos pero argumentaba que debió existir una transición entre uno y otro, un **eslabón intermedio**.

Hacia la época en que Palmer viajó a La Laguna (en 1880) el término “**eslabón perdido**” era ampliamente popular. Un nombre más específico lo proporcionó Haeckel: *Pithecanthropus* u “hombre-mono” [Leakey, 1995:54 y s].

Seguramente, se escuchaban discusiones en torno al eslabón perdido en los cubículos de los antropólogos y zoólogos de las diferentes instituciones académicas,

¹ Pastor Rouaix era secretario de Agricultura en esa época, dependencia que se encargaba de la Dirección de Arqueología, presidida por el ilustre arqueólogo mexicano Manuel Gamio.

como el Museo Peabody o la *Smithsonian Institution*, con las que Palmer se relacionaba en los Estados Unidos. Desde ahí empezó a alimentar sus conocimientos al respecto pero también sus fantasías.

Habría que señalar, sin embargo, que la hipótesis de Huxley ubicaba al progenitor del hombre (el eslabón perdido) en África, siguiendo los argumentos del mismo Darwin [*ibid.*:76] pero sin contar realmente con pruebas empíricas que lo sustentaran.² Entonces, ¿por qué se le ocurrió a Palmer que el “eslabón perdido” podría localizarse en la Comarca Lagunera y el Bolsón de Mapimí?

Actualmente, sabemos que la intuición de Darwin y Huxley acerca del lugar donde podría encontrarse el antecesor más remoto de los humanos era correcta. Pero la ausencia de fósiles, que marcó la pauta para ubicar geográficamente a los más antiguos antepasados del hombre moderno, y el poco desarrollo de los estudios geológicos permitían la introducción de otras hipótesis, como lo indican Leakey y Lewin cuando se refieren a los inicios del estudio del hombre antiguo en Europa.

Según Haeckel, *Pithecanthropus* apareció en Lemuria, un continente que [...] se creía entonces, se había hundido en el océano Índico. Desde Lemuria, los descendientes evolutivos de este ser habrían migrado hacia el oeste, hasta África, hacia el noreste hasta Europa y Próximo Oriente, hacia el norte hasta Asia, y cruzando el puente continental hasta América, y hacia el este vía Java hasta Australasia y la Polinesia. Hoy esta geografía global nos parece extraña, pero en tiempos de Haeckel no se conocían las bases de la geología continental ni las placas tectónicas, y la idea de extensos puentes terrestres y de continentes hundidos formaba parte del pensamiento científico convencional [Leakey *et al.*, 1995:55].

Por tanto, la idea de que el eslabón perdido pudiera estar localizado en América no estaba tan fuera de lugar en esa época. Cuando Palmer regresó a los Estados Unidos y llevó el material recolectado en las cuevas mortuorias de La Laguna y sitios cercanos al *Peabody Museum*, se abrieron los bultos y se separaron los objetos de los restos óseos humanos. Cordelia Studley se encargó de estudiarlos y no hizo ninguna mención respecto a la presencia de algún dato en los maxilares estudiados que pudiera considerarse una anomalía extraordinaria [Studley, 1884].

Seguramente, Palmer pronto se olvidó de su hipótesis pero no así Benavides, quien siguió fielmente los consejos del primero, a tal grado que en algún momento no especificado³ envió al secretario de Agricultura, Pastor Rouaix, unos maxilares

² Hacia 1880 el único fósil humano conocido en el mundo había sido descubierto en una cantera de piedra caliza en Neanderthal, Alemania, en 1856, y había sido descrito como “[...] un tipo inferior a todas las razas humanas que ahora existen” [Dart y Craig, 1962:43]. No obstante, se reconocía que sus restos “[...] presentaban una forma relativamente moderna de un humano extinguido hace unos 34 000 años” [Leakey, 1995:55]. Respecto a otros hallazgos, hasta 1891 fueron descubiertos los fósiles de Java [*ibid.*:56].

³ Benavides escribió una carta a Rouaix con la siguiente nota: “He recibido su comunicado de esta misma fecha que contesto con la historia de los objetos a que Ud. se refiere [...]”.

encontrados en las cuevas de la Comarca Lagunera de Coahuila, del tipo que le enseñó Palmer. Posteriormente, le escribió una carta el 25 de abril de 1918 donde le explicaba la procedencia de estos objetos y le manifestaba su inquietud respecto a su relación con el eslabón perdido.

Rouaix, a su vez, envió de inmediato los materiales al arqueólogo Manuel Gamio a la ciudad de México para que fueran estudiados [Rouaix, 1918], y la respuesta no se hizo esperar. Gamio le contestó, apoyado en el estudio de Alfonso Herrera, que este tipo de maxilar correspondía a individuos viejos que por su edad perdieron las muelas y con el tiempo los alvéolos se cubrieron y desaparecieron [Gamio, 1918]. Así se cerró el capítulo del “eslabón perdido” de La Laguna.

El concepto de “eslabón perdido” ha sido afinado a partir de los diferentes estudios y hallazgos realizados durante un siglo, desde los años ochenta del siglo XIX hasta el siglo XX, y la imagen popular y romántica que se tenía en el siglo XIX se ha modificado sustancialmente. Hoy en día, algunos especialistas entienden como tal:

[...] la primera fase de la evolución del hombre: el periodo crucial, cuando se separó de su antepasado; crucial, porque fue durante este periodo cuando se desarrollaron las características más significativas de la anatomía y conducta humana [Varios autores, 1981:7].

Pero no todos los estudios manifiestan las mismas opiniones. Por ejemplo, Clark Howell considera que la idea del eslabón perdido es un “concepto erróneo”, pues implica que es posible demostrar la relación entre el hombre y los antropoides a partir de un solo fósil [Howell, 1969:13] que llenara el vacío empírico entre ambos. Este fósil, según el mismo autor, no ha sido hallado ni se encontrará jamás debido a la especificidad empírica que ese concepto aspiraba alcanzar en el pasado. De hecho, se trata de un proceso que quedará reflejado a lo largo de muchas generaciones e individuos.

Respecto a la exploración de las cuevas mortuorias de Coahuila, quedan varios puntos oscuros que sería pertinente retomar:

1. ¿Cómo se organizó desde Cambridge, Massachusetts, la exploración de una región desconocida en aquella época (La Laguna), incluso por los mexicanos, y que no ofrecía “riquezas” arqueológicas en el sentido comercial y monumental del término? No se entiende, a menos de que existiera un problema que rebasara la mera obtención de material arqueológico, es decir, un problema académico y teórico subyacente.
2. ¿Cuál podría ser éste? Como se mencionó, la exploración de 1880 a Coahuila fue patrocinada por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard con el expreso propósito de encontrar cuevas con restos humanos. El autor intelectual fue el

curador del museo, Frederic Putnam. Se podría pensar que el objetivo inmediato de la exploración haya sido la adquisición de objetos para el museo, sin embargo, aquel material abundante e impactante que Palmer llevó al museo, aunque sí fue exhibido,⁴ no fue estudiado sistemática ni formalmente a pesar de que en los *Proceedings* de la reunión de 1880-1882 de la *Boston Society of Natural History* se comprometió a ello, como puede apreciarse en la siguiente cita: “Mr. Putnam stated that he considered the collection one of great interest and that a detailed account of it would be given, in which Dr. Palmer’s notes would be incorporated” [Putnam, 1883:119].

Sin embargo, en 1887 Putnam escribió una nota al pie de página en el estudio de los restos óseos humanos publicado por Studley: “Esta colección se mencionó en el Informe Catorceavo del Museo, pero los abundantes e interesantes objetos asociados a los bultos, o sueltos en las cuevas, aún no se han descrito” [en Studley, 1884:233].⁵

En 1968 Walter W. Taylor, arqueólogo que conocía este material, mencionó que hasta ese momento aún no había sido estudiado.

Para entender el significado de las exploraciones del Museo Peabody en Coahuila, se debe explorar la vertiente relacionada con el impacto que ocasionaron en Europa occidental y en los Estados Unidos los hallazgos de Boucher de Perthes en el valle del Somme, en Francia, por una parte, y los restos óseos del hombre de Neanderthal, por otra.

Ambos obtuvieron rápidamente el interés de los dos centros académicos estadounidenses que tenían presencia en el mundo de la arqueología: la *Smithsonian Institution* y el Museo Peabody de la Universidad de Harvard. Esta atención se manifestó particularmente en el curador del museo, Frederick Putnam, quien pronto incluyó la búsqueda de los orígenes del hombre en Norteamérica como uno de sus intereses académicos y parte de sus proyectos de campo [Fagan, *op. cit.*:282].

A la distancia y perspectiva que proporciona el tiempo que nos separa de los años ochenta del siglo XIX, aparece, aunque diluida, la posible estrategia empleada para buscar evidencia de la antigüedad del hombre en América. Ésta consistía, por una parte, en dirigir las excavaciones hacia el mismo tipo de contexto geológico donde Boucher de Perthes había localizado en Francia artefactos muy antiguos: en las gravas, en este caso, de Norteamérica. Por otra parte, agotar las referencias conocidas —bibliográficas y verbales— más prometedoras sobre la presencia de restos óseos humanos cuyas características apuntarían hacia una gran antigüedad. Tal vez

⁴ Este material arqueológico se encontraba en exhibición en 1887 en la Galería Mexicana del Museo Peabody [Studley, 1884:233, n. 1].

⁵ Traducción libre de la autora. La cita textual en inglés dice: “This collection is mentioned in the Fourteenth Report of the Museum, but the many interesting objects found in the bundles or loose in the caves have not yet been described” [ibid.].

el dato acerca de la presencia de cuevas con cadáveres en el suroeste de Coahuila fue tomado de la publicación de Bancroft [1875], lo que sugirió la posibilidad de llegar a su objeto de investigación.

En resumen, una primera hipótesis del por qué se realizó la expedición en busca de las cuevas mortuorias de Coahuila sería la intención de encontrar evidencia que probara la antigüedad del hombre americano y, en un descuido, tal vez el origen del hombre. Esto es sugerido por el uso del concepto del eslabón perdido hecho por Palmer.

Los restos óseos humanos obtenidos en la exploración de Edward Palmer en Coahuila como los únicos materiales arqueológicos analizados en el Museo Peabody aportarían una evidencia más para apoyar esta hipótesis.

En realidad estos estudios no generaron datos para sustentar una mayor antigüedad del hombre en la región, lo que podría explicar también por qué el resto de los artefactos tan variados, abundantes y poco comunes en el registro arqueológico como los mantos, tocados de plumas y otros objetos de material orgánico que normalmente desaparecen del contexto arqueológico, no se estudiaron en su momento.

Desde otro ángulo, el estudio de los restos óseos humanos —independientemente de su probable corta antigüedad— constituyó el primer acercamiento y conocimiento acerca de las características físicas de la población indígena prehispánica del desierto mexicano [Studley, 1884], datos que aprovecharon los antropólogos físicos mexicanos como base de comparación cuando estudiaron los restos óseos humanos provenientes de la exploración de la Cueva de la Candelaria en Coahuila.

Esta cueva albergó un cementerio prehispánico ubicado en la Comarca Lagunera, que fue explorado en 1953 y 1954 por el antropólogo físico Arturo Romano, los arqueólogos Francisco González Rul, Luis Aveleyra Arroyo de Anda, Pablo Martínez del Río y el geólogo Manuel Maldonado Koerdell. A partir de la interesante y exhaustiva investigación documental realizada por Pablo Martínez del Río para localizar referencias sobre cuevas con material semejante al localizado en La Candelaria, se dieron a conocer con más detalle las características del material arqueológico obtenido por Edward Palmer en Coahuila, así como la publicación de Cordelia Studley [González Arratia, 2000].⁶

El material óseo de la primera temporada fue estudiado por la antropóloga física Johanna Faulhaber [s/f; Martínez del Río, 1953:187] y Arturo Romano presentó el conjunto de las tres temporadas como tesis de maestría. Ambos hacían referencia al trabajo de Studley.

Casi 50 años antes, en 1918, otros antropólogos mexicanos como Manuel Gamio y Alfonso Herrera pusieron a prueba la hipótesis del eslabón perdido a partir del

⁶ Actualmente está en preparación un libro dedicado a las exploraciones de Edward Palmer en las cuevas mortuorias de Coahuila donde se describirá con mayor detalle el material arqueológico.

análisis directo de maxilares humanos arqueológicos, lo que proporcionó un ejemplo de utilización del método científico.

Su aplicación inició con la aceptación del material óseo que Pastor Rouaix envió desde Saltillo y de la hipótesis que le proporcionó José Ángel Benavides; continuó con el estudio de ese material desde el criterio y la experiencia especializada de Alfonso Herrera, quien observó las características que presentaba el maxilar y encontró una explicación diferente a la del "eslabón perdido" gracias al conocimiento práctico, ubicando así los maxilares en un contexto más acorde con la realidad arqueológica.

Esta dinámica científica no fue publicada en su época tal vez porque el momento que atravesaba la arqueología mexicana no lo ameritaba ni existía una discusión teórica que rebasara la mera comprobación o refutación de la hipótesis. Sobre todo, por tratarse de modestas "antigüedades" provenientes del norte de México, de sociedades que, interpretó Gamio, tendrían mayor relación con los indios de Norteamérica que de Mesoamérica.

Actualmente, desde el paradigma de la historia de la ciencia, en general, y de la historia de la arqueología mexicana y regional, en particular, se proyecta como un hecho curioso, interesante e importante en la medida en que se puede vincular con otros que maduraron en esa época en Europa y en los Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis; Manuel Maldonado Koerdel y Pablo Martínez del Río

1956 *Cueva de la Candelaria*, vol. I, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia v, México, INAH/SEP.

Avila, José Ma.

1849(ca) *Tres Días de Paseo*, Washington, WWTP, NAA, SI.

Bancroft, Hubert Howe

1875 *The Works, The Native Races*, vol. IV, San Francisco, Antiquities, A. L. Bancroft and Company Publishers.

Benavides, José Ángel

1918 *Carta al Señor Ministro de Fomento Ingeniero Don Pastor Rouaix*, expediente "Documentación sobre las zonas arqueológicas del Estado de Coahuila", Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito, 25 de abril, 2 cuartillas.

Dart, Raymond A. y Dennis Craig

1962 *Aventuras con el Eslabón Perdido*, México, FCE, Colección Popular, núm. 63.

Edey, Maitland A.

1980 *El Eslabón Perdido*, Holanda, Time-Life Books.

Fagan, Brian

1977 *Elusive Treasure. The Story of Early Archaeologists in the Americas*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

Faulhaber, Johanna

s/f *Informe preliminar sobre los restos óseos hallados en la Cueva de la Candelaria, Delicias, Coah., México*, Departamento de Prehistoria, INAH, archivo muerto, 7 cuartillas.

Gamio, Manuel

1918 *Carta al C. Secretario de Agricultura y Fomento*, expediente "Documentación sobre las zonas arqueológicas del Estado de Coahuila", Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito, 4 de mayo, una cuartilla.

González Arratia, Leticia

2000 *Museo Regional de La Laguna y la Cueva de La Candelaria*, México, INAH/Grupo adopte una obra de arte.

Howell, F. Clark

1969 *El Hombre Prehistórico*, México, Time-Life International.

Leakey, Richard y Roger Lewin

1995 *Nuestros Orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*, Barcelona, Crítica/Grijalbo/Mondadori.

Martínez del Río, Pablo

1953a "A Preliminary Report on the Mortuary Cave of Candelaria, Coahuila, Mexico", en *Bulletin of the Texas Archaeology Society*, Austin, The Texas Archaeological Society, vol. 24, pp. 208-216.

1953b "La Cueva Mortuoria de la Candelaria, Coahuila", en *Cuadernos Americanos*, vol. 12, núms. 70-74, pp. 177-184.

1956 "Investigaciones anteriores y Extensión de la Cultura", en Aveleyra Arroyo de Anda, Luis *et al.*, *Cueva de la Candelaria*, vol. 1, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia v, México, INAH, SEP, pp. 17-24.

Palmer, Edward

- 1880 *Dr. Palmer's Notes on the Coahuila Caves*, Cambridge, Archivo del Museo Peabody.
- 1882 "Mexican Caves with Human Remains", en *American Naturalist*, núm. 16, pp. 306-311.

Putnam, Frederick Ward

- 1881a "Report from the Curator", en *Fourteenth Annual Report of the Trustees of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Cambridge, Peabody Museum, Harvard University, núm. 3, vol. 1, pp. 21-22.
- 1881b "List of Additions to the Museum and Library for the Year 1880", en *Fourteenth Annual Report of the Trustees of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Cambridge, Peabody Museum, Harvard University, vol. 3, núm. 1, pp. 31-32.
- 1883 "Exhibition of an Archaeological Collection from Coahuila, Mexico", en *Proceedings of the Boston Society of Natural History 1880-1882*, Boston, Boston Society of Natural History, vol. xxi, pp. 118-120.

Ramírez, José Fernando

- 1903 "Carta del Lic. Don José Fernando Ramírez referente a unas Antigüedades del Estado de Coahuila", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, Imprenta del Museo Nacional, época 1, núm. 7, pp. 459-461.

Romano, Arturo

- 1956 *Los restos óseos humanos de la cueva de la Candelaria, Coahuila (Craneología)*, tesis de maestría, México, ENAH.

Rouaix, Pastor

- 1918 *Carta al Sr. Manuel Gamio*, expediente "Documentación sobre las zonas arqueológicas del Estado de Coahuila", Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, manuscrito, 27 de abril, una cuartilla.

Studley, Cordelia

- 1884 "Notes upon Human Remains from Caves in Coahuila, Mexico", en *Sixteenth and Seventeenth Annual Reports of the Trustees of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Cambridge, Peabody Museum, vol. III, núms. 3-40, pp. 233-59.

Taylor, Walter W.

1968 "A Burial Bundle from Coahuila, Mexico", en *Papers in Honor of Lyndon Lane Hargrove*, Papers of the Archaeological Society of New Mexico, vol. 1, pp. 23-57.

Varios autores

1981 *El primer hombre*, México, Time-Life.